

Carta a Ignacio de Loyola

Querido Íñigo:

Desde hace varios años esta carta está en gestación. Responde a una necesidad que siento de expresarte muchas cosas que tocan realidades existenciales que nos son comunes.

La idea de escribirte nació en una tarde de otoño hace unos seis años. Una invitación a un congreso cerca de Loyola me arrancó de improviso de los días lóbregos de un exilio cuajado de soledades, en el que las circunstancias me obligaron a encontrarme a fondo conmigo mismo y a decantar muchos dolores, tragedias, tensiones y oscuridades. Un parque precioso que bordeaba un lago holandés, en medio del cual se erigía un memorial a las víctimas de un genocidio, me servía de sala de lectura en las tardes de aquel otoño. Por aquellos días trataba de digerir las *Leçons sur L'Analytique du Sublime*, de Jean-François Lyotard, una obra que me ayudó a reconfirmar y esclarecer mucho el papel decisivo del sentimiento en los intrincados ejercicios de la razón.

Al concluir el congreso al cual fui invitado, un compañero jesuita vasco me sugirió volver a visitar tu casa solariega de Loyola. Me contó que la habían remodelado removiendo el exceso de mármoles y terciopelos que le quitaban autenticidad al histórico caserón, y al día siguiente me condujo en su coche y me dejó allí desde la mañana para que disfrutara de una jornada de reencuentro con lo que fue tu entorno físico, lleno de densos significados y evocaciones. Me detuve un tiempo largo en el cuarto de tu conversión, restablecido a la austera sencillez vasca de antaño. Fijé la mirada en la escultura de tu cuerpo convaleciente con rostro de discernimiento y quedé absorto allí por un largo rato. Comprendí entonces mucho mejor, en profunda contemplación intuitiva, lo que fue decisivo en

tu conversión: aquellas sensaciones de fruición profunda que experimentabas cuando te imaginabas siguiendo a Jesús, en contraste con las sensaciones de desencanto y sequedad que te producía el imaginarte en nuevas gestas de honor caballeresco, como las que te habían seducido con pasión en el pasado.

Sentí, como nunca antes, que mi existencia entraba en un intercambio profundo con la tuya y que la comunicación fluía en un hermoso y reconfortante diálogo. Con la ayuda de teólogos y teólogas inquietantes, también abordados en mi exilio, pude sentir más claramente que la idea de la muerte que nuestra cultura occidental nos ha obligado a introyectar, como clausura final de la existencia, que entra definitivamente en el pasado y no vuelve a interactuar ya más con la realidad viviente, es una idea descabellada. Tu existencia es un texto que muchos llevamos inscrito en los estratos más vitales de nuestro ser y que interactúa dinámicamente con quien activa en sí mismo dimensiones más determinantes que la biológica.

El impacto de aquel encuentro en tu casa solariega, donde el mismo paisaje y la arquitectura de los espacios que contextualizaron tus sensaciones de consolación y de desolación me transmitían por todos los sentidos la génesis de tu proyecto de vida, fue algo que me invitó a continuar mi comunicación contigo y me sugirió el medio epistolar. Desde aquella misma tarde la temática quedó insinuada en mi mente pero solo en contenidos seminales que fueron germinando poco a poco.

Consideraba que debía sincerarme contigo y expresarte lo que sentía frente a tu legado espiritual y humano, haciendo conscientes las distancias ineludibles que el tiempo y la historia han ido estableciendo, pero también aquellas persistencias que se agigantan con el tiempo y que refuerzan cada vez más mi comunión contigo.

Como todo jesuita, bebí por muchas décadas, con sagrado entusiasmo y sobreco-
gimiento, del texto literal de tus Ejercicios Espirituales. Asimilé todos sus

lenguajes, iconografías, trasfondos teológicos, psicológicos y filosóficos que modelaron su trama, todo lo cual hace parte inconfundible e irreversible de mi itinerario espiritual. No me fue necesario ningún trasplante cultural, ya que todos mis ancestros se habían nutrido de esos mismos parámetros culturales, que aún mantenían vigentes los códigos de honor y vergüenza que tejieron el mundo ideal de los caballeros medievales y los habían proyectado en los patrones morales de su tradicional cristianismo. Como tú, también yo en mi niñez y adolescencia trasegué por un mundo habitado por Dios en todos sus rincones, donde Cristo, María y los santos hacían frecuentes incursiones milagrosas para censurar conductas o ideologías o para impulsar campañas y devociones que iban saturando cada vez más nuestra fantasía de ideales apasionantes, los cuales a su vez sacralizaban muchas instituciones que nos atrapaban por doquier.

Pero todo fue cambiando. Las oleadas secularizantes fueron debilitando aquella cosmovisión fantástica sostenida por construcciones teológicas ancladas en fundamentos de autoridad. El concepto de Dios fue el más fuertemente sacudido por no tener referentes de bulto en nuestros conocimientos empíricos. Sobre los relatos bíblicos se volcaron todas las ciencias: lingüísticas, arqueológicas, antropológicas, históricas, sociales y hermenéuticas, para depurar los lenguajes y re-situar los símbolos. El mismo campo de relaciones entre los conceptos y sus referentes extra-conceptuales sufrió un remezón profundo, cuando fueron desdoblados los lenguajes bidimensionales que desintegraron la unidad monolítica antes existente entre los conceptos y sus referencias. Así, el psicoanálisis destapó los dinamos del inconsciente que relativizaron ampliamente los contenidos de la conciencia, al tiempo que el materialismo histórico develaba el influjo de los intereses económicos y políticos en la construcción de los saberes sociales, otrora considerados como construcciones puras de la razón.

Mientras la objetividad de las ciencias humanas y sociales se derrumbaba progresivamente, a la teología cristiana se le exigía prescindir de marcos

conceptuales ajenos al mensaje de Jesús; relativizar aquellos de los cuales echaron mano las comunidades cristianas del Imperio que fueron sus primeras destinatarias, y depurarse profundamente de las construcciones teológicas medievales, contaminadas de los intereses de poder de un imperio cristiano.

La Iglesia fue cuestionada profundamente en la coherencia de su fe, al ponerse en evidencia su connivencia histórica con regímenes antihumanos y con procedimientos radicalmente antievangélicos. La tradicional *cosmovisión cristiana de Occidente* terminó reivindicada, en el último siglo, por los regímenes de facto más anticristianos. Las capas intelectuales se fueron sintiendo más tranquilas, en su mayoría, refugiándose en agnosticismos, ateismos o indiferentismos.

Aunque la Iglesia hizo grandes esfuerzos por escuchar, revisar y cambiar, abriéndose a visiones más críticas de la realidad, de las ciencias y de la fe, esfuerzos que llegaron a su clímax en el Concilio Vaticano II, rápidamente recogió sus velas y se atrincheró de nuevo en su cosmovisión tradicional, la que continuó inspirando sus momentos más decisivos.

Muchos de mis compañeros siguieron la corriente mayoritaria de la Iglesia y reconstruyeron un discurso que fue facilitando la convivencia pacífica entre una fe sostenida por la tradicional cosmovisión cristiana y un estándar de vida secularizado, adaptado a los permanentes avances del capitalismo globalizado. La teología más modernizante se fue encargando de confinar la fe en ámbitos impermeables a los grandes desafíos humanos, intelectuales y sociales, y de blindarla frente al discernimiento histórico y a los escrutinios de coherencia.

Otros nos involucramos de lleno en todas estas convulsiones y solo nos sentimos tranquilos poniendo a prueba constantemente nuestra fe, confrontándola con todas las críticas y exponiéndola a todos los embates. Por eso nos fuimos aficionando a leer y a escuchar a los *maestros de la sospecha* y a todos sus discípulos y simpatizantes. Esta actitud, que no fue fácil de sostener, no solo por las

estigmatizaciones de los de casa sino también por la sensación recurrente de perder continuamente el piso de nuestras seguridades y autoestimas, nos fue llevando a la convicción de que debíamos ser radicalmente honestos con nosotros mismos y con nuestros entornos sociales. Esa honestidad la fuimos descubriendo también progresivamente en la misma intelectualidad crítica de la cual nos nutrimos y en los movimientos sociales radicales que desde compromisos impacantes zarandearon continuamente nuestra fe.

Pero en todo este proceso no naufragó Jesús como *iniciador y consumidor de nuestra fe*. Por el contrario, lo vimos levantarse después de cada embate con rasgos más atractivos y cautivantes. Nos parecía redescubrirlo cada vez más limpio de excrecencias que adulteraban su rostro y su más genuina identidad.

Desde la otra orilla de la tormenta descubrimos que varios parámetros teológicos que sirvieron de armazón a la cosmovisión cristiana tradicional, sí habían naufragado.

Ante todo, un concepto de Dios que había sido tomado en préstamo de filosofías precristianas y acomodado como hipoteca a la misma identidad de Jesús, concepto que arrastraba, a su vez, la proyección acumulada de los señoríos históricos y obraba como sublimado instrumento generador de relaciones de dominación y sumisión.

Sobre esa misma base se había anclado la *teología de la prueba*, esquema fundamental dentro del cual se vaciaron las imágenes que teologizaron los misterios de la creación, del mal y del pecado, y sobre el cual también se apoyó la lectura mitificada de la vida y muerte de Jesús.

En la *teología de la prueba*, la existencia humana en el mundo tenía solo el carácter de una *prueba* para poder conquistar otra vida que era la verdadera; *prueba* que se pasaba si se cumplían a satisfacción de Dios numerosos preceptos y se

aceptaban muchos sufrimientos. Atrapados en esta mentalidad teológica, los creyentes se habían encapsulado por siglos en una emulación de méritos, agotándose en un egoísmo salvífico en gran medida ajustado a los patrones del mercado, justo en la actitud que Pablo consideró en sus momentos de mayor lucidez como el polo radicalmente contrario a la apuesta de Jesús.

Complementada con una teologización de la muerte de Jesús sobre el esquema de la *víctima expiatoria*, o víctima que discontinuaba las cadenas infinitas de violencias al colocarse en el lugar de los culpables a pesar de su inocencia, la *teología de la prueba* había desembocado en una mística de imitación de Cristo, y particularmente de su pasión, como culmen del ideal cristiano.

Aquí reconoces, seguramente, Íñigo, armazones teológicos en los que se apoyaron meditaciones álgidas de tus Ejercicios, como las del Principio y Fundamento, el Pecado, el Infierno, el Llamamiento del Rey Temporal, las Dos Banderas, los Tres Binarios y las Tres Maneras de Humildad. Sin las teologías de la *prueba* y de la *víctima expiatoria*, su lógica interna se derrumbaría. Pero esa fue la cosmovisión teológica que tu entorno histórico te legó y podríamos decir que te impuso, y esa fue la tradición de la cual tú, como nosotros hasta hace muy poco, nos nutrimos.

Aquí se perfila una de las distancias que había querido explicitarte, querido Íñigo, no sin experimentar desgarramientos, como esos que obligan a desprenderse de iconos entrañables que presidieron por mucho tiempo nuestros recintos de oración íntima.

Nuestro largo proceso de sinceramiento nos fue haciendo inaceptable la *teología de la prueba* con su concomitante concepto de Dios y su *lectura expiatoria* de la muerte de Jesús. También se derrumbaron todas las puertas de acceso a la experiencia de Dios que estaban flanqueadas por argumentos de autoridad o por rezagos de ideologías de dominación. Solo quedó en pie la humilde portada, atractiva y fascinante, del acceso ético existencial al Dios de Jesús, lugar de encuentro

trascendente con el testimonio autovalidante de Jesús, quien ofrece un paradigma de mundo contracultural, éticamente subyugante, donde incluso el concepto occidental de la muerte queda radicalmente subvertido. Todo el proceso nos fue llevando a transformar la *teología de prueba* en una *teología del proyecto*, y la *teología de la víctima expiatoria* en una *teología del justo perseguido*.

No puedo menos que imaginarte, querido Íñigo, reestructurando esas meditaciones álgidas de los Ejercicios desde tus mismos criterios de discernimiento histórico; desde los mismos parámetros de acceso a Jesús que constituyeron tu peculiar camino espiritual, y desde tu apertura extraordinaria para relativizar posiciones e instituciones que pudieron prestar un servicio benéfico en determinadas circunstancias pero pueden obstruir luego el camino a un mayor bien. La mayoría de tus orientaciones terminaban matizadas con relativizaciones prudentes que le abrían espacio a las circunstancias cambiantes o imprevistas y a los desafíos que podían transformar radicalmente los presupuestos de tus directrices. Tus expresiones se nos grabaron como reflejos y testimonio de un espíritu abierto en permanente discernimiento: *“se provea como mejor les pareciere a mayor gloria divina”*; *“donde se juzgue en el Señor nuestro que ha de servir”*; *“según en el Señor nuestro parezca convenir”*; *“provea en todo lo que sintiere, ponderadas todas las cosas, ser más agradable a la divina y suma Bondad y mayor servicio y gloria suya”*; *“viendo lo que todos sienten, mejor se determinare lo que conviene”*.

Pero además, Íñigo, todos los dinamismos que han ido llevando a derrumbar concepciones de Dios y armazones teológicos que van en contravía de una valoración radical de lo humano o que sirven subrepticamente a intereses de dominación, estaban en plena consonancia con los mecanismos de *discreción de espíritu*, que constituyen parte importantísima del bagaje sapiencial de tus Ejercicios. Como fino conocedor del alma humana, gracias a tus largos períodos de introspección orante de cara al Misterio, encontraste maneras de sacar a la luz las trampas psicológicas que impiden la transparencia del ser humano frente a sí

mismo, frente a los demás, frente a la historia y frente al Misterio fontal, tan susceptible de manipulaciones. Y no otra cosa han tratado de hacer los *maestros de la sospecha*, un Freud, un Marx, un Nietzsche, como también Bertrand Russell, Erich Fromm, Ernst Bloch, Michel Foucault, los impulsores de la Escuela de Frankfurt, Régis Debray, René Girard y muchos otros, quienes nos han obligado a romper esquemas alienantes y a reconstruir la fe desde horizontes humanizantes más transparentes.

Y por encima de todo, querido Íñigo, los procesos que han ido dando al traste, para nosotros, con la teologías de la prueba y de la víctima expiatoria, se han arraigado en una mirada contemplativa al Jesús de los evangelios, lanzada desde el corazón y desde el horizonte inquisitivo de nuestras propias vidas, contextos y conflictos, en la desnudez desmitologizada de sus paisajes, condicionamientos y conflictos históricos, tal como tú nos lo pusiste a tiro, como presa de todos nuestros sentidos, en el más largo trayecto de los Ejercicios.

Y aquí, Íñigo, llego al fondo de mi sintonía contigo. Siempre me llamó la atención el que estructuraras tus Ejercicios como un largo trayecto de contemplación austera de la vida de Jesús en su materialidad histórica, como un ejercicio de los sentidos acompañado por la imaginación, sembrando desconfianzas frente a discursos y saberes eruditos o teológicos, pero poniendo todo el cuidado sobre los vaivenes de las *mociones* del sentimiento, campo en cual se juega el éxito o el fracaso, vale decir, lo decisivo de los Ejercicios. Si muchos historiadores te consideraron como un forjador de *soldados de la ortodoxia*, se hubiera considerado más coherente que pusieras al ejercitante a asimilar durante varias semanas las tesis dogmáticas de más “sana doctrina”, para convertirlo en un apóstol o soldado de la ortodoxia. Pero ese no fue ciertamente el eje de tu espiritualidad.

Con Juan Luis Segundo, un jesuita uruguayo con cuyas preguntas siempre me sentí identificado porque correspondían a mis mismas preguntas, y en cuyas

búsquedas y respuestas hallé siempre al menos rutas o pistas que me satisficieran, estoy convencido de que el eje de tus Ejercicios y de tu espiritualidad está puesto en los *modos de elección* o de *opción*, los que constituyen su centro neurálgico.

Tributario como fuiste de la cosmovisión teológica que dominaba tu época, utilizaste en parte un lenguaje mítico, hincado en la imagen de una intervención divina en la vida del ejercitante para revelarle la voluntad de Dios en su historia personal. Sin embargo, no dejaste de manifestar tus preferencias por el *Segundo Tiempo de Elección*, en el cual el sujeto llega a tener suficiente claridad sobre cuál es el *mejor servicio* de Dios que puede configurar en su vida, a través de la *experiencia de consolaciones y desolaciones y del discernimiento de espíritus*. Juan Luis Segundo sintetiza esa instancia culminante de tus Ejercicios y de tu espiritualidad como un tejido de elementos de prudencia psicológica para descubrir ese *mejor servicio* de Dios que puede confeccionar cada uno con su propia vida, cuando el sujeto, puesto en condiciones de gran autenticidad, experimenta determinado *sentir*, mientras contempla su vida a la luz de la de Jesús. Y esas condiciones de autenticidad son las condiciones que tú diseñaste milimétricamente para que el ejercitante tuviera **claro su sentir**, como: el ánimo y la disponibilidad, la concentración, el silencio, la regulación de la luz, las posturas, las comidas, los contextos, la ausencia de influjos o presiones y los pensamientos, cuidando que nada interfiriera en el **fluir de un sentir auténtico y limpio**, dentro del ejercicio de confrontación de la propia vida con la de Jesús.

Y es aquí donde se articulan estas reflexiones con aquel encuentro contigo en la estancia de tu conversión, en Loyola, inquieto como estaba en aquellas tardes otoñales, por profundizar en el papel que juega el sentimiento en el ejercicio de la razón.

Pienso que toda tu espiritualidad está presuponiendo necesariamente, como condición de su autenticidad, una comprensión de la fe como acceso ético existencial

a Jesús, en la identificación con unos valores por los cuales Jesús se jugó su vida, acceso en el cual juega un papel decisivo **el sentir**.

Tú lo habías experimentado reflejamente en tu larga convalecencia de la herida de Pamplona, y por eso sabías que el que decide todo, a la hora de la verdad, es el corazón. Y sobre esa experiencia profunda germinal quisiste construir el compartir básico con tus *amigos en el Señor*.

Pero ese contacto con el Jesús escueto de los evangelios, desnudo de ropajes teológicos o discursivos y en una materialidad tal que se vuelve accesible a *aplicaciones de sentidos*, poniendo en alta tensión el **sentir** del ejercitante, es el elemento que le da mayor autenticidad a una fe viva y la sustrae a la manipulación de los poderes. Configurando este tipo de acceso a Jesús, estabas de hecho buscando alternativas legítimas y fecundas a esa *fe de afirmaciones y de informaciones* que ha dominado por siglos nuestra Iglesia de masas, pero que no toca ningún centro vital de los creyentes. ¿Acaso, Íñigo, te apartó tan radicalmente de este tipo de comprensión de la fe, la experiencia de tus encarcelamientos y procesos por parte de la Inquisición?

En la confrontación vital con el Jesús de los evangelios no se puede eludir el encuentro, frente a frente, con un personaje que, si bien desestabilizó las tradiciones y estructuras más sagradas de su sociedad que era intensamente teocéntrica y teocrática, con la misma fuerza subyugante hace añicos la legitimidad de la mayoría de los fundamentos e instituciones de nuestra cultura. Sus parábolas le dan un vuelco a las expectativas que la mentalidad “normal” le impone a los relatos, y van mostrando que la única manera de abrirle campo a Dios es instalarse sobre una *falla geológica* donde los pisos estables de ideologías e instituciones que configuran nuestras seguridades, en cualquier momento pueden agrietarse y hundirse. Su humanismo cautivante se construye desde los excluidos, burlando y desintegrando todos los códigos de pureza, de jerarquía y de decoro social. Sobre

ese mismo terreno resalta su actividad de sanación, la mayoría de las veces inseparable de múltiples formas de resistencia. Todo el colorido *escatológico* que refleja gran parte de su mensaje, ya en sus estratos más arcaicos, ya en las versiones teologizadas por los primeros movimientos de seguidores, que echaron mano de toques de escatología apocalíptica o de escatología ascética, revelan de todos modos un NO explícito y rotundo a la aceptación rutinaria de la normalidad de la vida y de los presupuestos de la cultura dominante, *poniendo fin* (*eschaton*) a un mundo que representa aquel en el cual uno está instalado, pero en una lógica que se traduce en resistencia a un mal sistémico.

No hay duda de que ese Jesús con el cual uno se ve confrontado en la experiencia radical de los Ejercicios, solo puede acceder a nuestro mundo de valores a través de un compromiso contracultural radical. Por eso se entiende que desde los primeros siglos de esta era se haya reinterpretado profundamente a Cristo para que pudiera ser cooptado por los patrones básicos de nuestra cultura. Hubo necesidad de transferir al mundo de lo mítico muchas dimensiones de su vida y de su mensaje, y en ese intento justamente se confeccionaron las teologías de la prueba y de la víctima expiatoria, no fuera que su mensaje, convertido en proyecto histórico, desestabilizara todos nuestros patrones culturales, y que cualquier intento de enjuiciar la injusticia de su muerte llegara a deslegitimar las violencias *legitimadas* desde el poder.

Muy bien hiciste, Íñigo, en prohibir a los acompañantes de ejercicios que le entregaran a los ejercitantes a un Jesús envuelto en ropajes hermenéuticos y teológicos. Por muchos siglos se le han confeccionado a Jesús trajes y mantos reales y coronas de oro que substituyen la de espinas, y se le ha cambiado el trono de la cruz, propiedad intransferible de los delincuentes políticos, por olímpicos celestes donde existiría el verdadero reino y donde se accedería a la verdadera vida, a la cual se llegaría pasando la *prueba* del cumplimiento de la Ley y de la resignación ante el sufrimiento histórico, mundo de la *prueba* donde la salvación del mal fue

adquirida de una vez por todas por una **víctima expiatoria** y se recibe ya pasivamente, ritualizada, sin necesidad de tocar para nada los males históricos ni las estructuras de la injusticia y de la deshumanización, las que más bien ayudan a refinar la *prueba*. Tu sabiduría, Íñigo, salvaguardó el acceso a un Jesús más desnudo y auténtico como el de la cruz.

Sin embargo, Íñigo, las teologías *de la prueba* y *de la víctima expiatoria* te atraparon de una manera más profunda en aquella etapa en que sedimentaste tus ideales de servicio a la Iglesia y buscaste cómo incrustarte, con todo tu grupo de *amigos en el Señor*, en ese mundo eclesiástico que había pagado enormes peajes a las inercias develadas por la sociología de las instituciones, aunque guardaba como en un cofre sagrado y precioso el mensaje explosivo del Evangelio, así fuera entre cortinajes palaciegos que no pocas veces te escandalizaron. Quizás no tenías otras alternativas. Te comprendo.

Los proyectos apostólicos de la Compañía de Jesús se fueron diseñando sobre esos parámetros que eran los *normales* y *oficiales*: salvar al mundo mediante la difusión de un conocimiento dogmático, que llevaba a configurar la existencia terrena como *prueba* para poder acceder a otra existencia, esa sí verdadera y consistente, haciendo de los sufrimientos de Jesús que culminaron en su pasión y *muerte expiatoria*, un hontanar de imitación meritoria, y de sus palabras, códigos morales que perfeccionaban la Ley impuesta a la humanidad desde el comienzo, como elemento central de la *prueba*.

Con todo, nuestra *misión apostólica* llevaba desde el comienzo el germen de una apertura a muchos desafíos históricos como implicaciones pertinentes de la fe. Así, el mundo de la enseñanza secular, del avance de las ciencias y de los proyectos sociales, reivindicaron y conquistaron desde el comienzo su carácter *apostólico* dentro de la Compañía y abrieron espacios de diálogo intenso con el mundo circundante, pero la mayoría de las veces reforzaron los patrones básicos de la

cultura dominante, como la mercantilización del saber, el humanitarismo asistencial, cuando no la misma legitimación teologizada del poder.

No faltaron experiencias cautivantes e inspiradoras de contracultura, como las *reducciones* del Paraguay, cuando los misioneros se plantearon honestamente la imposibilidad de anunciar el evangelio mientras los nativos continuaran sometidos a la brutalidad y explotación de conquistadores y autoridades que se hacían llamar “cristianos”. Iniciaron entonces la construcción de unas estructuras sociales y políticas autónomas, inspiradas en utopías más cercanas al Evangelio, pero ese mundo también fue deslegitimado y destruido por la confluencia de poderes coloniales eclesiástico-seculares.

De ninguna manera pretendo recriminarte, Íñigo. Ese fue tu mundo y esa fue la cultura monolítica incuestionada que contextuó tu vida y esa sigue siendo fundamentalmente nuestra cultura que nos atrapa, en su mayor medida, sin dejarnos salidas.

Es cierto que en la historia multicentenaria de la Compañía, muchos jesuitas que se confrontaron sin pliegues ni trastiendas con el Jesús desnudo de los Ejercicios, desde la transparencia conflictiva de sus contextos vitales, encontraron infinidad de resquicios para crear respuestas comprometidas con un proyecto histórico inspirado en el Evangelio. Sin embargo, el lenguaje predominante e institucionalizado continúa atrapado en los armazones teológicos que se creerían derrumbados. Nuestra última Congregación General sintetizaba la misión de la Iglesia dentro de la cual estamos incrustados, como “*la realización del Reino de Dios en toda la sociedad humana, no solo en la vida futura, sino también en la presente*”, expresión que, sin desconocerle avances sobre el pasado, describe el compromiso por construir el Reino en esta vida como una concesión innovadora de algo aceptado como secundario, frente a lo esencial y primario que sigue siendo construirlo “*en la vida futura*”.

Es legítimo, Íñigo, que frente a tantas corrientes que hoy existen dentro de la Iglesia y de la Compañía, tan distanciadas y opuestas en sus cosmovisiones y compromisos, y separadas fundamentalmente por una línea divisoria que coloca en un lado a quienes aceptan los principios básicos de la cultura dominante, y en el otro a los que han optado en su corazón por una contracultura y tratan de legitimar, impulsar y apoyar todas sus humildes manifestaciones y ejercicios marginados, nos preguntemos, o mejor te preguntemos, ¿de qué lado te sientes más cercano?

Soy consciente de que el bloque histórico que envolvió tu vida no se planteó numerosos problemas y preguntas que solo siglos después de tu muerte nos sacudieron con fuerza; de que la cosmovisión cristiana marcada por la *teología de la prueba* y la de la *víctima expiatoria* no solo era incuestionada sino incuestionable en tu tiempo, bajo la vigilancia torturante de la Inquisición, y de que la reflexión sobre la justicia ni de lejos tocaba la problemática de las estructuras económico políticas, aún no teorizadas como tales, y llegaba, como máximo, a impulsar obras de caridad, en las cuales fuiste pionero y profundamente comprometido.

No pretendo hacerte levantar de la tumba para que respondas lo que no tienes por qué responder. Temo, además, manipular tus pensamientos y convicciones para construir respuestas forzadas que no encajarían ni en tu carácter ni en tu camino. Solo quiero explorar respuestas ya dadas en tu vida, al menos como signos germinales, que ante un cambio de contexto no podrían producir frutos ajenos a su propio núcleo vital, a no ser que mediaran modificaciones genéticas.

Ante todo, Íñigo, tu fuiste un hombre de rupturas heroicas. Rompiste abruptamente con tu mundo familiar y con las perspectivas de ascenso en las jerarquías de nobleza que te ofrecieron. Rompiste con los códigos mínimos de normalidad que imperaban en tus comarcas, para mendigar y cosechar burlas y desprecios. Rompiste con la seguridad mínima del dinero y con las hospitalidades decentes

que te ofrecían tus amigos, para frecuentar hospitales y hostales donde afluían los miserables y marginados. Cuando un médico, en tus últimos años, te aconsejó disminuir tensiones, le confesaste a tus compañeros que quizás la mayor angustia te la podría proporcionar la eventualidad de que el Papa suprimiera la Compañía, que era la criatura de tus sueños, y afirmaste que te bastarían quince minutos de oración para aceptar con serenidad tal decisión. Me pregunto qué hilo conductor articulaba tantas rupturas. Solo descubro una especie de ascesis que buscaba contrarrestar el instinto de seguridad que te aferraba, como cordón umbilical, a los patrones del mundo y cultura dominantes, sobre todo porque tus rupturas tenían siempre un punto de partida, que eran jirones de poder, de honor y de seguridad, y un punto de llegada inconfundible, que era la periferia de la sociedad legitimada, donde imperaban la ausencia de reconocimientos y recompensas; las miserias y los conflictos sociales y la carencia de seguridades humanas: todo un mundo desafiante e inseguro que sospechabas como refugio privilegiado de un Dios que interpela y que llama a crear y re-crear todo desde el sufrimiento, desde la libertad y desde la solidaridad, y que en toda la historia bíblica jamás habló desde los grandes sino desde los pequeños, oprimidos o rebeldes; jamás desde sus moradas consagradas sino desde escondites insospechados.

El amor a Jesús que te fue invadiendo a fuerza de contemplaciones y aplicaciones de sentidos, se fue concentrando en su faceta sufriente y dolorosa. Las preguntas más radicales con que su amor te desafió: *“lo que he hecho por Christo, lo que hago por Christo, lo que debo hacer por Christo”*, se hicieron sentir frente a la cruz. En la visión de la Storta, que despejaba místicamente tu futuro y el de la Compañía, la cruz ocupaba un lugar central. Y al fundar la Compañía, la describiste en los primeros textos fundacionales como un escuadrón que marchaba detrás del estandarte de la cruz. Tus esquemas teológicos no te permitían leer la cruz sino desde la teología de la *víctima expiatoria*, pero sabemos que tu camino espiritual exigía

poner entre paréntesis los ropajes doctrinales para dejar que el **sentir** confrontara tu existencia con la de Jesús, en los niveles más elementales de su materialidad. No pudiste ignorar, seguramente, en esos estratos elementales, que la cruz fue el suplicio propio de los delincuentes políticos dentro del Imperio, y quizás esto sintonizaba con el hilo conductor de tus rupturas: emigración hacia las periferias del poder. Por eso, en un cambio de contexto teológico, en el que la *teología del justo perseguido* substituya la de la *víctima expiatoria*, y en el que aquella desafíe las violencias de la historia para que sean esclarecidas en sus causas, llamando a reconstruir el mundo transparentemente desde los crucificados, no puedo menos que imaginarte, Íñigo, radicalmente comprometido con los crucificados y rediseñando el mundo y la historia desde ellos.

En el diseño de tu meditación de las Dos Banderas revelas un profundo conocimiento del alma humana, de sus condicionamientos psico-biológicos, así como de la estructura conflictiva de la sociedad y de la historia. Podría decirse que coincides con Karl Marx en el auscultamiento de las raíces de la conflictividad de la historia humana, que hunde sus raíces en la manera de apropiarse los recursos del mundo a impulsos de los instintos egoístas, atrincherándose luego en estructuras jurídicas y culturales que consagran las desigualdades en códigos de honores, propiedades y jerarquías, culminando en la confección de ideologías soberbias que legitiman el desprecio y la exclusión de millones de seres humanos, sin detenerse ante el escrúpulo de divinizar el poder y de utilizar a Dios como garante de sus más horrendos excesos. Si bien el trasfondo teológico de las Dos Banderas es tributario de la *teología de la prueba* en su más externo nivel semántico, en capas más profundas trasciende la *teología de la prueba* y me atrevería a decir que podría desplegar con más fuerza sus virtualidades en una *teología del proyecto*. Aquí el discernimiento del ejercitante encuentra el mayor apoyo racional, diríase estratégico-táctico, para ubicarse en la conflictividad de la historia y desde allí

configurar con más seguridad sus opciones en los convulsionados oleajes de sentimientos y decisiones.

Y al tratar de traducir los elementos más profundos y preciosos de tu camino espiritual a unas estructuras jurídicas que le aseguraran cierta estabilidad a la Compañía, el desafío más angustiante que tuviste que enfrentar, que te obligó a largos períodos de discernimiento inundados en lágrimas, los cuales quedaron reflejados en lo que sobrevivió de tu *Diario Espiritual* y en tu documento de *Deliberación sobre la Pobreza*, fue justamente el problema de la economía. Veías claro que incrustar a la Compañía en las estructuras económicas dominantes, quizás las únicas que entonces podían asegurar la continuidad de un trabajo apostólico más o menos estable y consistente, exigía pagar un peaje excesivo a un mundo estructurado sobre valores absolutamente contrarios a los del Evangelio, y exponer a tus *amigos en el Señor* a dejarse atrapar de lleno en la red de la estrategia enemiga, cuyas sutilezas y astucias habían quedado tan al descubierto en la meditación de las Dos banderas. No me queda duda, Íñigo, de que en esa angustiosa búsqueda, todas tus preferencias, tus apoyos racionales y las mociones fundamentales de tu sentir, se inclinaron hacia una contracultura económica y social. Quizás la angustia de sentirte presionado a pagar un impuesto excesivo a la sociedad a la cual querías convertir, te impulsó a refinar en tus reflexiones la imagen de la pobreza, que llegó a un hermoso clímax en tu Carta a los jesuitas de Padua, cuando sintieron el peso concreto de la pobreza al fallar las estrategias de financiación de su colegio. El hermoso *himno a la pobreza* que es esa Carta, saturada de fundamentos bíblicos, teológicos, psicológicos y espirituales para mostrar que los pobres son el verdadero eje del Reino de Dios; los que explican y producen las manifestaciones de Dios en la historia humana y los seductores decisivos de la Encarnación y del mundo sentimental de Jesús, plantea opciones cruciales para un cambio de contexto. En una *teología del proyecto* y del *justo perseguido*, enfrentada a un mundo donde la estrategia de la *bandera contraria* se ha

convertido en una verdadera “*racionalidad de la irracionalidad*”, para emplear una expresión de Franz Hinkelammert, teólogo laico de la liberación y economista, tu discernimiento sobre la pobreza se convierte en un gigantesco desafío contracultural, capaz de sacudir inercias e instituciones seculares; de generar rupturas de las de tu misma identidad genética y de convocar a unos nuevos desposorios con el Evangelio de Jesús.

Todos estos rasgos que no corresponden ciertamente a la periferia sino al núcleo de tu camino espiritual, me confirman, querido Íñigo, que en los conflictos cruciales que nos afectan hoy, tú estás inconfundiblemente al lado de una contracultura.

No puedo imaginarte, en absoluto, Íñigo, en ningún grado de condescendencia con los patrones del mercado global como principio estructurante de la economía mundial; tampoco con las ideologías “democráticas” que encubren infinidad de estructuras de explotación, dominación y deshumanización, ni con el imperio omnipotente de los *mass media* con sus métodos subliminales de alienación de las conciencias. Te imagino, más bien, impulsando y animando infinidad de rupturas de tus amigos en el Señor, para emigrar hacia las periferias de la patológica *normalidad* que nos envuelve. Te imagino urgiendo acercamientos a los foros sociales y a las utopías que allí van tomando cuerpo, como la transformación de la mercantilización del conocimiento en un compartir libre de saberes de cara a las necesidades humanas; como la implantación de la soberanía alimentaria desde los pequeños territorios articulados en estructuras de economía solidaria; como una defensa racional de los recursos no renovables del planeta y una recuperación del respeto y reverencia por la madre naturaleza; como dinamismos de resistencia a las leyes injustas y opresoras e impulsos a la recuperación de las relaciones entre el derecho y la ética. Te imagino reconstruyendo la memoria de las víctimas de tantos genocidios y haciendo de su verdad un criterio decisivo para trabajar por que la historia nunca más vuelva a repetir esos horrores. Te imagino,

finalmente, enfrentando todas las estigmatizaciones del mundo *normal* con la misma mística que en momentos culminantes de tu espiritualidad te llevó a *“desear más de ser estimado por vano y loco por Christo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en **este mundo**”* .

En Jesús, Cristo, iniciador y consumidor de nuestra fe,

Filialmente,

Mario Almeida, S. J.